

El Salvador: libros queridos

En la literatura salvadoreña, existen tres obras queridas y solicitadas por el público: *Jícaras tristes*, de Alfredo Espino; *Jaraguá*, de Napoleón Rodríguez Ruíz; y *Tierra de infancia*, de Claudia Lars, todos publicados bajo los sellos de la Dirección General de Publicaciones, del Ministerio de Educación, y de UCA Editores. Clásicos Roxsil ha informado, recientemente, que a estos títulos y autores debe agregarse *Dolor de patria*, de José Rutilio Quezada. Tendríamos entonces cuatro obras nacionales acaparadoras de la atención de la comunidad lectora salvadoreña, comunidad de carácter esencialmente urbano.

La predilección no tendría mayor importancia si no fuera porque, al examinar las temáticas de las obras, se encuentran, inmediatamente, el paisaje, el hombre y la vida de la campiña salvadoreña como materia de todas ellas.

Jícaras tristes es la actualización poética de la vida campesina. Gentes, lugares, animales y plantas aparecen allí convertidos en expresión poética. Es una especie de pintura bucólica, impregnada de ingenuidad y de ternura.

Jaraguá es la novela sobre la vida en la costa salvadoreña. El paisaje aparece con una dimensión más agreste y el hombre con una dimensión de mayor problemática.

Tierra de infancia es una recuperación por el recuerdo de un pasado acontecido en el campo y en ciudades de provincia. A través de retratos, prosopografías y otras formas estilísticas, la autora

actualiza la experiencia de una infancia vivida al calor de la gente más simple y sincera. Es una especie de elegía tendida sobre el pasado y construida con fuertes elementos de emotividad.

Dolor de patria es la novela sobre el deterioro natural y social acontecido preeminentemente en el campo. Es la novela de la depredación ecológica y del conflicto social. Escrita por un biólogo, agudo observador de personas y de cosas, es un cuadro bastante denso sobre el medio natural y el medio humano del campo salvadoreño.

Tenemos, pues, cuatro obras con temática fundamentalmente campesina, provinciana. ¿Por qué la marcada predilección del público hacia ellas? Vienen al paso dos hipótesis explicativas.

La primera tiene que ver con la raíz social de la comunidad de lectores urbanos. En El Salvador, a despecho de poses cosmopolitas y de una cierta vergüencilla por el pasado personal, los sectores urbanos tienen una raíz netamente campesina. Salvo una que otra y contada excepción, los sectores altos y medios —de donde proviene la mayor parte del público lector— tienen una historia en la que, “si se escarba un poco, siempre aparece el caite”, es decir, y empleando sanamente la expresión, siempre se encuentra una raíz ancestral primariamente campesina.

Esta raíz, sepultada en el inconsciente personal y colectivo, pugna y pulsa por encontrar contenidos emparentados con su naturaleza. Aunque a nivel de las formas externas la vida sea urbana, me-

tropolitana, en el fondo más íntimo, la identificación existencial sigue siendo campesina, al menos en la generación por donde todavía vamos. Esta identificación existencial es la que se explaya cuando encuentra contenidos en donde puede reposar a plenitud.

Lectores epidérmicamente urbanos, poseedores de tan profunda raíz e identificación latente con el campo, es lógico que prefieran y busquen aquellas obras en donde secretamente se ven y encuentran mejor.

La otra hipótesis, vinculada a lectores más especializados, se relaciona con el problema de la dominación cultural externa.

El Salvador es un país periférico en los órdenes militar, económico, político y cultural. A pesar de cualquier declaración de autosuficiencia, la realidad muestra palmariamente la condición periférica y subalterna del país respecto de una metrópoli externa, en el caso actual: Estados Unidos.

El Salvador, al igual que otras regiones también subalternas y dependientes, es lo que Estados Unidos quiere y permite que sea militar, política, económica y culturalmente, de acuerdo con sus intereses estratégicos. Y si no es como a tales intereses conviene, se le hace ser a tal medida. De aquí es de donde se desprende todo el problema de la dominación y de la imposición cultural.

Lo extraño del caso es que, a pesar de la densidad en tal imposición cultural, en toda región periférica y subalterna se va formando un sesgo lúcido y crítico frente a tal proceso, sesgo primariamente constituido por buena parte del público pensante y lector.

Hay, entonces, una especie de rebeldía, consciente o inconsciente, ante tal estado de cosas: una especie de actitud contestataria frente a la dominación cultural.

En esta situación, no es extraño que los grupos pensantes y consumidores de lectura busquen, e induzcan a otros a buscar, aquellas obras literarias que más les ayuden a mantener un arraigo nacional y a descubrir, o a perfilar más claramente, su identidad como país.

Esto es, con mucha probabilidad, lo que ocurre en El Salvador: una contrarreacción, consciente o inconsciente, frente a la imposición externa. Se trata de la búsqueda de contenidos con los cuales librar la batalla a favor de una identidad nacional.

Puede haber, entre los lectores, acuerdo o desacuerdo respecto de la excelencia o de la universalidad de las obras literarias preferidas; pero lo fun-



damental es que son obras nacionales, actualizaciones de la salvadoreñidad.

Esta hipótesis también sería un principio de explicación para la urgencia de muchos sectores del mundo literario salvadoreño —urgencia a veces llevada a un hipernacionalismo a ultranza—

por escribir obras radicadas únicamente en la historia nacional y por llegar a la gran obra, a la gran literatura, capaz de expresar y de identificar la salvadoreñidad entre la gran literatura universal.

F.A.E.

